

MENUDENCIAS

El tiempo se ha metido con nosotros y nos está haciendo la Pascua, sin estar todavía en vísperas de ella. Sin previo aviso, llegó á principios de semana el frío, poniéndonos á todos la nariz de un color muy parecido al bermellón, y esparciendo catarros con una prodigalidad asombrosa.

La presencia de este incómodo huésped nos ha hecho temblar, y para defendernos de sus ataques, vamos por ahí convertidos en verdaderos fardos. Hay quien no ha salido de su casa con dos mantas de Palencia encima del gabán, por no dar qué decir á las gentes.

Yo soy, aunque me esté mal el decirlo, una de esas personas á quienes el frío acoquina de un modo bárbaro. Para mí, el calor del hogar y las coplas de Calafinos, vienen á ser la misma cosa en cuanto el frío aprieta. No creo entonces en otro calor que en el de los hornos de calcinación.

Una prueba de lo dicho, es lo que me ocurrió el miércoles, día en que el frío apretó las clavijas de manera despiadada. Llegué á mi domicilio temblando, y mis dientes parecían un par de castañuelas acompañando cualquier aire flamenca.

Para hacerme entrar en calor, tuvieron que darme frotaciones primero con una bayeta y después con un cepillo de brochar el suelo; y gracias á esto y á diez tarros de ginebra llenos de agua hirviendo que colocaron alrededor de mi cuerpo, pude al día siguiente reanudar mi tarea.

Sin marcharse de todo el frío, las nubes se han convertido en mangas de riego, proporcionándonos el placer de ir por esas calles de Dios hechos una esponja.

Lo que da verdadero gusto es transitar por algunas de nuestras vías públicas en días de lluvia. En ellas el transeunte tiene que andar como los gorriones; á saltos; si no quiere ver introducidos los remos hasta cerca de las rodillas en los enormes charcos que se forman. El desgraciado que caiga de bruces en uno de esos charcos, parece ahogado, sin remedio, si antes no han acudido á sacarlo con caña, como á los mubles.

Todos sabemos que los aeroplanos se han hecho para navegar por los aires y para que muchos de sus tripulantes se rompan la crisma cuando esos cacharos tienen á bien no surcar el viento más que para abajo y á velocidad cada vez mayor.

Ahora han tenido esos chismes una nueva aplicación. Un constantinopolitano, mayor de ejército, y mayor también de edad, pues ya lleva á cuestras sus sesenta añitos, se enamoró hace poco de una bellísima joven, hija de un banquero; ésta correspondió al *cocal*, y turco y turca se las prometían muy felices, cuando se enteró el banquero de lo que pasaba y puso el grito en el cielo, oponiéndose á los amores de su hija con quien podía ser su abuelo.

Pero el turco no se amilanó por esa oposición; en una entrevista que tuvo con su adorada se dijeron poco más ó menos lo siguiente:

—¿Estás dispuesta á todo?—le dijo él.

—A todo, cielo mio — contestó ella. — O tuya ó de la tumba.

—Pues mañana vendré á buscarte y huiremos lejos, muy lejos. ¿Quiéres?

—Tu voluntad es la mía.

—Ni media palabra más. Hasta mañana.

—¡Adiós, riquín!

Al siguiente día un automóvil llevó á la pareja á un aerodromo. Allí montaron los dos tórtolos en un monoplano y elevándose majestuosamente desaparecieron con rapidez.

Este viaje-rapto tendrá, con seguridad, su término con los esponsales, si antes no encuentra el banquero á los tórtolos y los despluma. ¡Buen *geniecico* acostumbran á gastar los turcos cuando se les encrespa la barba y se les eriza el cabello.

El descenso de la temperatura está produciendo una baja

regularcita en el estado solteril de Bilbao. Menudean las bodas que es un primor, con gran contentamiento de tirios y troyanos.

Como consecuencia de ésto, el dios amor ha sentado sus reales entre nosotros, y el cariño conyugal tiene más adeptos.

Y á propósito de esto: ¿Saben ustedes cuántos besos ha de dar el marido á la mujer?

Claro que la preguntita se las trae; y sobre este mismo asunto se ha visto hace pocos días en Amberes un proceso la mar de chirene. La mujer de un industrial se querelló de su marido porque no la besaba lo á su juicio suficiente durante las veinticuatro horas de cada día. Esto prueba que si el esposo no estaba aburrido de su costilla, le faltaba poco. El demandado se defendió como buenamente pudo, y el Tribunal, perplejo ante lo raro del caso, buscó y halló un perito con el fin de asesorarse y juzgar con conocimiento de causa; el perito manifestó que (¡claro!) en forma legal, no puede establecerse los besos que un esposo puede dar á su mujer cada día; pero el *socio*, que debe ser uno de tantos estadis-

tas raros que hay en el mundo, manifestó que en la práctica suele ser una ley esta regla:

Los esposos jóvenes, en las ocho primeras semanas de matrimonio, se besan, por término medio, treinta veces al día; en los seis meses que siguen, cerca de veinticinco veces; y en esa proporción sigue el descenso en los semestres sucesivos.

¿A qué pena condenarían al pobre marido, que lleva 37 años de vida conyugal? Yo, le otorgaba una recompensa.

Para propagar una idea ó una cosa, los españoles andamos en mantillas, comparados con lo que en otros puntos ocurre sobre este particular.

Tenemos por aquí propagandistas políticos que hacen sus campañas en la prensa ó en el mitin con gran ardor y entusiasmo, eso sí; pero sin percibir remuneración alguna por sus trabajos. Son una especie de *sastre del Campillo*.

De semejantes procedimientos es enemiga acérrima la sufragista inglesa mistres Pankhurst, la cual ha ido á Norteamérica á sembrar la especie de que allí la mujer debe trabajar incesantemente hasta lograr el derecho del sufragio.

La buena señora ha dado en la tierra del tocino unas cuantas conferencias encaminadas al indicado fin, y por ello ha percibido la respetable suma de 50.000 francos.

Al regresar á Inglaterra, ha dicho á un periodista que venía encantada de los resultados de su campaña de propaganda.

Si la cosa no es para encantar á cualquiera venga Dios y lo diga.

Ha añadido que pensaba volver, y no cesará hasta conseguir que la mujer norteamericana consiga el derecho del voto.

¡Claro, y regresar con otras 50.000 del alal!
¡Hay por ahí cada vivales!...

Existen séres bajo la capa celeste, que no se ríen aunque les hagan cosquillas en las plantas de los pies ó les hurguen la nariz con una pluma de ave.

En Madrid, hace pocos días, murió una persona, víctima de la tristeza; no se había reído nunca, ni cuando la suegra pasó á mejor vida.

Para esas personas es perfectamente aplicable la siguiente recomendación:

«Existe en Arabia un vegetal que se llama planta de la risa, cuyo nombre proviene de los raros efectos que á cuantas personas la comen producen sus semillas. Su tamaño es regular, sus flores de un amarillo vivo y sus semillas parecidas á frijoles negros, que crecen á dos ó tres en vainas blancas afeiciopeladas. Los árabes secan estas semillas y luego las pisan hasta reducir las á polvo fino.

Una pequeña dosis de este polvo produce iguales efectos que las inhalaciones de gas hilarante.

Á las personas más formales las hace bailar, gritar y reírse con la agitación bulliciosa de un loco y correr de un lado hacia otro haciendo piruetas ridículas.»

Consejo semanal:

Con ropa de abrigo inmejorable,

la estación invernal es más pasable.

JUAN DE LANUZA.



Pensamiento

Los padres que acostumbran á sus hijos á pequeñas mortificaciones les prestan un servicio incomparable, no solo poniendo un freno á la concupiscencia, preservándolos del pecado y asegurándoles, de consiguiente, su salvación, sino también facilitándoles en gran parte su felicidad temporal.

Condesa Zamoyska.

De la fiesta de la flor



Don Pablo Garcia Ogara, Presidente de la Comisión organizadora de esta fiesta.

La Asamblea de las Juventudes conservadoras en Bilbao



Don Angel Ossorio y Gallardo y don Ramón Bergé al salir del Teatro Trueba para dirigirse al banquete que se celebró en el Circo del Ensanche.

(Fotografía de nuestro redactor artístico señor Espiga)
(Fotograbado de T. Royo.—Ledema, 14.)



Mesa presidencial del banquete al que asistieron más de trescientos comensales.

(F.º de T. Royo —Ledema, 14.)

RECORTES ESCOGIDOS

BAJO EL PARAGUAS

El cielo ha leído á Schopenháuer. ¡Hace tres días que llueve sin cesar! Las nubes transforman el pesimismo en agua, lo dejan caer sobre la tierra, y las calles de Madrid, cubiertas de barro, me recuerdan á ciertos caracteres.

¡Qué aburrimiento, Dios mío! Basta ya, por piedad, de filosofía alemana y de mal tiempo. Cierro el libro, salgo al balcón, abro el libro y las letras, empapadas de mal humor, caen á lo largo de las páginas, como otra lluvia espesa, continua, negra. ¡Si me acordase ahora, como un antidoto, de la sonrisa de Enriqueta!... era así, poniendo los labios de este modo; aquí y aquí se le formaban dos hoyuelos; se le veían un poquitín los dientes. Pobre muchacha, me quiso quince días. ¡Honor á la constancia quincenal! Fué aquello tan alegre y tan efímero, como un periódico satírico sin editor.

Me amó dos números y al tercero no tuvo ya ni para las viñetas. Pero, en cambio, ¡qué sonrisa la suya! Si Schopenháuer la hubiese visto....

Por cierto que Enriqueta me regaló un paraguas; hélo aquí fabricado inglesa ó norteamericana, se abre y se cierra automáticamente con la rapidez pasmosa con que se abre y se cierra nuestra vida; tiene por puño una cabeza de perro, de un emblemático perro de aguas; tela y varillas superiores. Un paraguas digno de un amor que duró quince días...

Pues bien, decididamente, está lloviendo; cierro á Schopenháuer, abro el paraguas y me lanzo á la calle...

¡Paseemos un cariño efímero bajo una lluvia eterna! ¡Oh, pesimismo! ¿No es este tu ideal?

Cuántos dulces recuerdos evocaré en mi excursión bajo el paraguas de Enriqueta.

¿Te acuerdas tú de aquella tarde que vino á tu casa con un traje de color de rosa y un sombrero en forma de cono, rodeado de encajes y de flores? Vaya si me acuerdo. Pues ¿qué le digiste? Indiscreto, eso no se cuenta yendo por la calle. ¿Y qué te contestó? Mira, aquí en el oído tengo sus palabras y un poco más adentro las risas que les siguieron, y aquí, fíjate bien, en este rincón de mis ojos, la imagen fiel de su cara maliciosa.

¡No se puede ir debajo de un paraguas tan curioso! ¡A qué despertar en mi corazón esas tiernas saudades! Valiera más que tus varillas de acero me traspasaran las entrañas.

—(Dispense usted, señora, no lo he podido evitar; mi distracción, la estrechez de la acera, el paraguas!... ¡Debe de ser muy bonita!... ¿por qué volverá la cara?... tiene un cuerpo muy lindo y elegante; nada, no me contesta. Claro; por poco dejo su cabeza como dejaron los godos la del desdichado rey Wamba.)

He debido desgarrar el encaje de su mantilla; nunca me lo perdonaré; han penetrado seguramente en su hundosa cabellera las puntas de las... pero ¿qué veo en aquella afortunada varilla? un mechoncito de cabellos rubios; corazón, ten calma, yo los conozco, ten calma... ¡Schopenháuer! ¡yo los conozco! esos cabellos rubios, son iguales... son de Enriqueta... el mismo tono, la misma sedosidad, el mismo perfume... los aspiro, los beso, son suyos... estúpido de mí, ¿por dónde irá? corramos... ¡Qué alegre es esta lluvia que cae! Paso, señores transeúntes, paso á la felicidad.

Si pudiera distinguirla, si lograra alcanzarla. Llevaba esta dirección, eso no tiene duda. Quisiera en este momento tener en mis ojos miradas que no se concluyeran nunca y que pudieran doblarse en las bocacalles para seguir su camino en busca de Enriqueta. Decir que he estado á esta distancia de ella, pensar que la he hablado... por eso escondía su cara ¡perfidia! no quiso que la reconociese, ¿estará incomodada conmigo?

¡Ah, mechoncito de cabellos rubios! ¿qué habéis hecho vosotros desde que no nos hemos visto? ¿Qué pensamientos han dorado á fuego vuestras sutiles hebras? ¿Habéis tenido amor? yo no soy celoso, contádmelo todo.

¿Os acordáis todavía de cómo os alisaba mi mano? pues yo me acuerdo de que en seguida os volvíais á rizar; erais como niños caprichosos, que han de salirse siempre con su empeño. Mi mano os decía, con la autoridad de una madre: ¡eal estaos quietos y sed juiciosos; ¿qué pensarán las gentes extrañas que os vean? y vosotros, en cuanto mi mano dejaba de acariciaros, ya estábais otra vez retorciéndoos acometidos por una risa indiscreta. Pero fatigo inutilmente mis ojos queriendo descubrir á vuestra hermosa dueña; cada vez hallo más gente en mi camino; la lluvia no cesa, el cielo se entristece por el cercano anochecer; ¿no encontraré á Enriqueta? ¿Tendrá razón Schopenháuer? ¿no existirá la felicidad en días de sol ni en días de lluvia?

Haz, Dios piadoso, que yo encuentre á Enriqueta, para decirle con todo mi corazón: «¡quiereme otra quincena más, y te devuelvo el paraguas!»

Aflojemos el paso, es inútil; si yo fuera poeta, diría usando la misma imagen de todos mis colegas en Apolo, que Enriqueta se ha perdido como una gota de agua en el inmenso Océano. Afortunadamente pasé el sarampión y la poesía, esas dos enfermedades de la infancia y de la pubertad, y no puedo adornar mis desdichas con figuras retóricas; soy un prosaico mortal, que ha tenido la felicidad al alcance de su paraguas, y del que ha huído la dicha, dejándole como único consuelo un mechón de cabellos rubios.

Hundamos los pies en el lodo, en este lodo de las grandes ciudades, tan negro y pegajoso, como amasado bajo los pies de las grandes pasiones humanas. Por aquí habrán pasado el vengativo pensando en la satisfacción de su rencor, el crapuloso mal despierto en la última orgía, el avaro soñando con sus ocultas riquezas, el amante desdeñado plañendo sus cuitas, el celoso ahogando en efigie á su riva, el joven sonriendo á sus futuras dichas, el viejo lamentando sus pasadas ilusiones, la mujer que va temblando á una cita, el cura que viene de confesar á un agonizante, yo debajo de mi paraguas, ese aguador con su cuba, aquel militar que nunca estuvo en un campo de batalla; todos hundimos nuestros pies en el barro, todos dejamos en él nuestras huellas; lo han pisado todas las pasiones. Si Dios cogiera entre sus augustos índices y pulgar un poquito de él y le insuflara su aliento, el barro se haría al instante un hombre que, antes de perder su condición de lodo, ya se creería un Dios.

Pisemos, pues, esta sucia materia, de la cual procedemos y á la cual vamos, y que al crujir bajo nuestros pies nos pregunta, con su desagradable *chas, chas*: ¿están ustedes contentos de la vida? No, señor, yo no; usted sí puede estarlo, usted sí. ¡Como que le han pisado los lindos pies de Enriqueta! Y ¡ah, barro traidor! mientras yo me desespero buscando inutilmente á esa adorada mujer, usted conserva las diminutas huellas de sus pasos. ¿Qué más tengo yo de sus quince días de cariño, si no se cuenta el paraguas y este mechoncito de cabellos rubios que me

ha proporcionado el azar? Nada. Pasa el amor por nosotros, sin imprimir apenas en el barro de que se halla formado nuestro corazón, la huella de la punta de sus alas. ¡Ea! basta de filosofías y regresemos al triste hogar donde gemimos, llueva ó haga sol, Schopenháuer muerto, yo vivo y Enriqueta ausente.

Héme otra vez en mis soledades; os reconozco, paredes entristecidas, libros en desorden, muebles sumidos, no en lo oscuridad, sino en el fastidio; te reconozco, bostezo profundo, que flotas en la atmósfera é inficionas de tedio mis pulmones; ¿qué haría yo para alegraros, paredes, libros, muebles y bostezos? Sí, he aquí toda mi fortuna, este mechón de cabellos rubios que os enseño, como joyero codicioso enseñaría el más preciado brillante de su tienda; miradlo y sonreíos, es todo lo que queda de un amor muerto; ¿cómo no lo he de consagrar eterno culto! ¿No es verdad que tienen esos cabellos reflejos de oro? son de Enriqueta... vosotros la conocéis; la Providencia, por mano de un paraguas, los ha puesto en las mías; ¡cuánta tristeza causan los recuerdos de los pasados amores! pero yo juro, yo juro que estos cabellos rubios jamás se separarán de junto á mi corazón; los reconozco enseguida; ¡nos amamos tanto Enriqueta y yo en aquellos quince días!

¿Quién llamará? (escondamos el tesoro.) Una carta para mí; esta letra... sí, no hay duda... ella me escribe después de nuestro encuentro... es de Enriqueta; ¡qué alegría! ¿Qué me dirá?

Decididamente, Dios se merece muchos Padrenuestros. Rompo e sobre; mis manos tiemblan; leo:

«Un mes hace, día por día, que estoy enferma; eres un ingrato, no has venido á verme y de seguro que habrás tenido noticia de mi enfermedad (¡protesto!). ¿Tan mal me quieres ya? no puedo creerlo, de un cariño tan grande como el que nos teníamos, siempre queda... Mi enfermedad... estoy convaleciente... ¿tú sabes si podrán volver á nacer?... mis pobres cabellos rubios que tanto te gustaban... todos se me han caído; sí, no se lo digas á nadie, completamente todos. Hubiera preferido morirme; mira si será traidora la enfermedad que he tenido, me dejó la vida y se llevó mi cabellera rubia. Inconsolable, desesperada, calva... Enriqueta.»

¡Dios mío, Dios mío! ¡Este mechón no es suyo! ¡Ya sólo tú me quedas de aquel cariño, paraguas bienhechor; deja que te estreche entre mis brazos, y dí al perro que tienes en tu puño que no se ría de mí.

JOSÉ DE ROURE.

LOS JUGUETES

EN UN BAZAR

Mirando los juguetes caprichosos que alegran el bazar, me alegro de los años bendecidos de mi primera edad.

Entonces los juguetes me encantaban, eran todo mi afán, y jugando con ellos no sentía las horas resbalar.

Todo era entonces risas y ventura, todo era dulce paz; ¡mis sueños arrullaban la inocencia y la felicidad!

Los años han pasado como pasa relámpago fugaz, y los juguetes que mi encanto fueron hoy tristeza me dan.

Sí, que al verlos tan bellos y atracciivos recuerdo con pesar, que el placer y la gloria son cual ellos: ¡ilusión del momento nada más!

G. TOLOSA HERNÁNDEZ.

El León en el Escudo Nacional

Sabido es que los espectáculos del circo romano, en donde los condenados á muerte luchaban cuerpo á cuerpo con los más feroces animales, ó las mismas fieras entre sí á falta de víctimas humanas que sacrificar, no sólo estuvieron muy generalizados entre los descendientes de Rómulo, sino que por espacio de mucho tiempo constituyeron su mayor deleite y diversión. De todos los puntos de la tierra, aun los más lejanos, hacían traer aquellas famosas bestias que consideraban aptas para el combate, entre las cuales preferían comunmente los osos, tigres y leones, como de más poder y sagacidad. Estos espectáculos, que por su índole parecerían propios y peculiares de las clases del pueblo, eran, por el contrario, patrocinados por la más alta y distinguida nobleza, hasta el punto de que ilustres patricios, cuya fama ha llegado á nuestros días, escogiesen como blasón y emblema de sus timbres el retrato de aquella fiera á que por su astucia ó por su poder daban la preferencia entre las restantes. De aquí el que los ejércitos romanos que en tiempo de los Césares se derramaron por la península ibérica en busca de riquezas y mando, trajesen todos en sus pendones, por vía de enseña y distinción, las figuras de un oso, tigre, león ó fiera semejante, según los instintos ó tendencias de la legión que representaban.

Una de éstas, la séptima entre las catorce que invadieron el territorio español, vino á fundar una colonia junto á las márgenes del río Estola y al pie de un inaccesible risco, en donde se levantaba una pequeña y miserable población de vetones, á la que había denominado Sublancia (hoy Soblanco) su fundador Sicanos, rey de Hesperia. Los agrestes y sencillos habitantes de aquella comarca, que á la dulzura y afabilidad de su carácter unían tal valor y tan grande instinto de independencia como los más independientes y valerosos, no pudieron nunca conformarse con la dominación y yugo de sus nuevos señores; cada día se rebelaban contra la legión opresora, y cada día daban nuevas muestras del indomable arrojo de que se hallaban poseídos.

Pero si fuertes en poder, eran demasiado débiles en número, y los lugartenientes ó los Césares, que miraban con notable recelo á los vetones, juntaron sus aguerridas huestes, y llevados de un destructor instinto, arrasaron los edificios y fortificaciones de la pequeña población, y con aquellos de sus moradores que sobrevivieron á la pelea, y los escombros de las miserables

chozas de los valientes, fundaron en el llano una hermosa ciudad, á la cual dieron el nombre de Legio; nombre tomado, según unos, del latín *legio*, que significa legión, ó aceptado, según la opinión más racional y lógica del emblema del león que llevaban impreso en sus banderas.

La sangre de los hijos de Sublancia, sembrada en aquellos campos, echó bien hoidas raíces en el territorio de la nueva ciudad. Muchas gneraciones no bastaron á borrar las huellas de los héroes.

Arrojados del confín hispano los vencedores de Sagunto, Ataulfo fundó un nuevo reino, que andando el tiempo vino á llamarse monarquía española. Apoderado Leovigildo del territorio de los suyos, y atento siempre al fomento de sus estados, organizó nuevamente aquellas tierras y reconstituyó de una manera estable la ciudad, consérvala su primitivo nombre de León. Los reyes godos siguieron por mucho tiempo en quieta y pacífica posesión de sus dominios, y así hubieran continuado eternamente, á no terciarse la corrompida corte de don Rodrigo, que puso fin á la monarquía española en la memorable cuanto desgraciada batalla de Guadalete, donde triunfó el alfanje sarraceno.

Las huestes del invicto don Pelayo, emprendieron la reconquista de sus tierras bajo la enseña de la Cruz. Bien pronto se vió libre León de la odiosa dominación musulmana. Esta victoria, la más preciada de cuantas conservan los anales españoles, proporcionó al ejército cristiano el gran blasón que desde entonces le distingue y enaltece á los ojos de todos los pueblos del mundo.

Persuadido don Pelayo de que sus tropas, fuertes en la pelea, sufridas en la adversidad, magnánimas en el triunfo, se asemejaban en un todo al potente, altivo y generoso rey de las selvas, mandó borrar las armas que los reyes godos solían pintar por divisa en sus escudos, y tomó por insignia propia del estandarte castellano, la figura del león rojo rapante en campo de plata, como emblema del noble y valeroso instinto de sus leones. Desde entonces León no fué el león que recordaba las sangrientas luchas de los circos de Roma; no fué el león que los lugartenientes de los Césares pintaban en sus escudos y oriflamas; no fué el *legio* de los tiempos de Ataulfo ni el león de la época de Leovigildo: desde entonces el león de los cristianos fué la personificación de los cristianos mismos: fué la raza que germinó de la sangre de los invictos hijos de Sublancia; fué el instinto generoso y valiente que presidió al levantamiento de Pelayo; fué, por fin, la más exacta muestra de la virtud y carácter de los españoles. Por eso don Pelayo aceptó la figura del león para su escudo, y le hizo rojo en conmemoración de la sangre derramada en sus victorias, y le hizo rapante para demostrar que no dependía su encono hasta arrollar y destruir á los sectarios de Mahoma.

Desde entonces ya no se llamó el león, león del escudo de los cristianos, sino que, tomando una forma corporal y haciéndose de hueso y carne, si tal se nos permite decir, la figura colocada en la bandera no era otra cosa que el perfecto retrato de otro león que andaba por el mundo, aguerrido y fuerte en la pelea, sufrido en la adversidad, magnánimo y generoso en el triunfo. Tal era el león de España.

Este rey formidable, nacido en la escavación de Covadonga, y criado á la inclemencia de los tiempos entre el blandir de las armas y el fragor de la pelea, vivió, y vivirá eternamente mientras exista una sola gota de sangre española en las entrañas de los hijos de Hesperia.

José de Castro y Serrano.

CAMINO DE LA SIERRA

A mi querido amigo Pepe Alarcón.

Corra mi noble caballo, corra mi brioso alazán, el que es veloz como un rayo y ardiente como un volcán.

Corra, que ya por la tierra se extiende la luz del día y ya me aguarda en la sierra la flor de la serranía.

La que es causa de mis celos y objeto de mis achares y punto de mis anhelos y alivio de mis pesares.

La que es ser de mi ventura la reina flor de mis flores, el germen de mi ternura y el amor de mis amores.

Corra mi alazán fogoso que ya se ve la masía y asoma el sol jubiloso, su frente en la lejanía.

Ya mi caballo se acerca y oigo el rumor cristalino del agua azul de la alberca de la entrada del molino.

Sonriente tras los cristales de la ventana, me espera la reina de los breñales, la espléndida molinera.

Mi galana flor serrana, mi flor galana y gentil, la roja flor más galana que esplendiera en mi pensil.

Me arroja alegre un clavel y con gran gozo retoza, mientras salto en mi corcel viendo tan cerca á mi moza.

Descanse el noble caballo, duerma el fogoso alazán, el que es veloz como el rayo y ardiente como el volcán.

Salvador Valverde.

Sevilla 1913.



Envidia de amor

Me he internado meditabundo por las verdes alamedas de la agreste Moncloa. Son ahora las diez de la mañana, una tibia mañana de Mayo, de sol vivificante y embriagador, de cielo azulino, límpido y unido cual puro cristal; una mañana en que se respiran balsámicos aromas en el ambiente, en que el céfiro murmulla por entre las frondas un himno monorítmico y singular, cadencioso y plácido, el himno ancestral de la naturaleza regocijada, que parece invitarnos á gozar y á reír. Caen susurrantes al suelo, á impulso de la fresca brisa matutina que las arranca de sus febles raíces, las hojas verdinegras de los copudos árboles, ornato principal del paseo, y á caer y reposar sobre el lecho arenoso que las recibe, tapizan el oro del polvillo ténue que cubre el sendero con la alfombra formada por la gama infinita de sus verdes colores. Y en las altas ramas de los corpulentos árboles que sombrean el paseo, los sonoros pajarillos deshacen las musicales notas de sus gargantas en armoniosos trinos que resbalan, como suave perlería por los troncos abajo.

Yo camino despacio, lentamente, por un estrecho sendero, disfrutando todos mis sentidos, á su placer, de la paz eólica y virgiliana de los campos; camino por el sendero al presente deserte desierto y solitario, mientras los árboles susurran la melodía de su ramaje, deteniéndome á veces, para admirar en lontananza el fondo verdoso del espejo boscaje, por el que cruzan de tarde en tarde, pausadas y silenciosas, las negras siluetas de raros paseantes.

Yo llevo en las manos, contrastando con la poesía del ambiente que me rodea, un abultado y odioso libro de Matemáticas, la ciencia de las ciencias prosaica por excelencia. Voy estudiando perezosa, indiferentemente, la lección del día, la antipática fórmula del bicornio de Newton, que tendré que desarrollar una hora después, en el encerado de la Escuela de Ingenieros Agrónomos. $A \text{ más } B \text{ elevado á } M \text{ es igual á } A \text{ M más } M \text{ A M menos uno } B$, repito maquinal, automáticamente; y al propio tiempo pienso, con mayor interés, con más hondo sentimiento, en las etapas todas de la florida senda del amor que mi pasión por Nieves me hizo recorrer desde los días rosados de fiebre pasional hasta los días plácidos y sedantes del cariño correspondido, hasta los días emocionales del reflexionar y la meditación sobre la hembra antes tan adorada, para terminar la triste odisea del nuevo amor en los días dolorosos del desengaño, días interminables de luto espiritual por las ilusiones perdidas. Y después en el fúnebre cortejo de los días de llanto y de penar, en el paulatino enfriamiento de las apasionadas conversaciones amorosas, en las luengas horas de penoso bostezar transcurridas al lado de la hasta el presente bien amada, horas que se deslizan lentas sin desplegar los labios, sin pronunciar palabra, en tanto la mirada vaga errante, sin rumbo y sin objeto. Y al fin sobreviene la inevitable separación, el definitivo alejamiento de junto á la amada, desencantado para siempre de alharacas idílicas y de romanticismos, conservando, empero, en el fondo del pecho, como sagrada reliquia, el recuerdo melancólico, más esfumado á medida que el tiempo transcurre, de la silueta gentil de la mujer amada.

Aparto disgustado la vista del prosaico libro de matemáticas que en mis manos llevo, con la diestra levanto de mi cabeza el sombrero que la cubre y dejo entonces que mi mente, libre, vuelva por las celestes regiones del ensueño. Y comienzo á pensar en la Nieves y en la Antonia, en la Rosario y en la Carmela, en todas las mujeres á quienes amé, creyendo iluso encontrar en cada una de ellas reunidas las perfecciones de mi hembra ideal. Pienso con melancolía en todas las mujeres de las que no fui amado, en todas las que no me comprendieron, porque no quisieron comulgar con mis romanticismos, porque no compartieron conmigo mis creencias sobre el amor,—íntima compenetración, en mi sentir, de dos seres ávidos de sacrificarse el uno por el otro,—porque no acertaron, torpes ó despreocupadas, á descifrar la íntima y sencilla psicología de mi ser.

Yo las amé á todas con frenesí en los comienzos de cada devaneo, á la Nieves lo mismo que á la Antonia, á la Rosario igual que á la Carmela, pero el transcurso del tiempo, este gran calmante de las grandes pasiones, me fué revelando los defectos incomprendidos en el arrebato primero de la pasión; el orgullo de la una, la ambición de la otra, la pobreza de espíritu de una tercera, la indiferencia de algunas, el autocratismo de de muchas y la coquetería de casi todas. Y poco á poco, sin escenas violentas, sin rupturas aparatosas, fué extinguiéndose suave la llama de mi ardoroso amor, por todas y cada una de las mujeres á quienes adoré.

Después de cada decepción, corrí de nuevo en busca de la mujer de mis ensueños—abnegada, dócil, cariñosa, sencilla,—deseando encontrarla; y sólo hallé una y otra vez en mis pesquisas desilusiones y desencantos con los que he ido sembrando la ruta de mis amores.

Este es el tema presente de mis meditaciones; y mientras sueño despierto y mi imaginación se desborda en melancólicos recuerdos, marcha mi vista errante, explorando escrutadora á lo lejos, los límites del azulado horizonte.

He alzado de pronto la cabeza. He paseado mi vista por los campos virgilianos. A cierta distancia, en un banco de piedra, se encuentra sentada una enamorada pareja. Tienen los amantes los rostros juntos, las bocas mudas; fijos los ojos el uno en el otro, en un delicioso éxtasis de amor. Yo no sé por qué secreto sentimiento influido me quedo mirándolos fijamente, con mirada absorta. Ellos amartelados, no me ven, no sienten siquiera el pisar de mis pasos sobre la arena. Los contemplo meditabundo, envidioso de su dicha, mientras mi imaginación continúa desbordándose en comparaciones y en recuerdos. Nunca como en este instante me he sentido más ávido de cariño, más sediento de goces ideales; más envidioso de la felicidad ajena. Y por eso sigo contemplando á los novios con ojos envidiosos, conteniendo, para no advertirles de mi presencia, el hábito imperceptible de mi aliento, posible delator de mi proximidad....

Y se han levantado de pronto los amantes. Desde el lugar cercano en que me encuentro, los veo trenzar sus brazos, estrecharse contra el pecho, y enlazados internarse entre los copudos árboles de la floresta. Sus siluetas se esfuman poco á poco en el negro fondo del boscaje. Y sigo clavado en el mismo lugar en que al verlos me detuve anhelante; preocupado como si aguardara algo esperado con febril impaciencia sigo allí, el rostro contraído, los ojos anegados en lágrimas de rabia, el libro de Matemáticas pendiendo inerte de la siniestra mano, y reprimiendo con la derecha los acelerados latidos de mi corazón....

Salen, á poco, de entre la espesura, gimoteando por entre los añosos árboles, muchos testigos de tantas tiernas escenas de amor, venucinos suspiros entrecortados, apagados rumores de dulces palabras, chasquido final de un beso delator. Entre las frondas de la Moncloa, una vez más en la vida, el eterno misterio del amor se ha consumado. Y entonces, sólo entonces, y á causa del leve ruido que emerge remoroso de la floresta, saigo del estado de abstracción en que me encuentro, tiendo irritado mi vista por las verdes praderas geórgicas, hallo una acerba iro-



LOS HERMANOS MANNESMANN

La llegada de los hermanos Mannesmann á Madrid y sus pretensiones formuladas cerca del Gobierno de S. M., ha hecho que la opinión se preocupe de esos señores, y se haya mostrado no muy favorable á sus fines. Desde que se inició la campaña actual en Marruecos, los Mannesmann han sido figuras de gran importancia que con sus poderosas influencias han puesto en trances desagradables á los Gabinetes europeos. Alemania, fiel guardadora de los intereses de sus hijos, ha aparecido siempre dispuesta á apoyar el desenvolvimiento de estos emprendedores capitalistas. El llamado «golpe de Agadir» además de valer á la nación germana una compensación de territorios, sirvió para consolidar los derechos de sus súbditos en territorio marroquí.

Los Mannesmann son dueños de valiosas explotaciones mineras, en Africa, pero no contentos con eso, quieren tener en aquellos lugares una soberanía absoluta. El documento publicado días atrás por la prensa, si existe y es exacto, muestra bien á las claras que los millonarios hermanos, intentan ser dueños y señores de nuestra zona de influencia, proponiendo á España un convenio inadmisibles. Por esta vez, y aunque Alemania piense en un nuevo desembarco del «Panther», los Mannesmann van á ver frustradas sus ambiciones imperialistas.

En nuestra fotografía aparecen los individuos de esa aprovechada familia.

nía en la placidez y serenidad del firmamento azulado, diáfano y sereno, escucho con furor mal reprimido el cadencioso murmurar del argentada agua de una fontana próxima; y después exiéndome hacia el bosque mi puño crispado... Me alejo al fin de allí, llevando en el fondo de mi pecho, viva, flameante, envidia inmensa, dolorosa envidia de amor hacia los amantes felices, hacia los amantes que se comprenden y se adoran, hacia los amantes que funden en una sus almas gemelas, que hacen de su amor y de su dicha la única razón de su existencia....

Y vuelvo á pensar en la Nieves y en la Antonia, en la Rosario y en la Carmela, en todas las mujeres á quienes amé y de las que no fui intensamente amado, porque no me comprendieron, porque no acertaron, torpes ó despreocupadas, á descifrar la íntima psicología de mi ser, y vuelvo á comenzar mi interrumpida lectura, mi estudio suspenso, y á murmurar resignadamente por lo bajo, mientras doy un postrer y melancólico adiós á mis quimeras pasionales: $A \text{ más } B \text{ elevado á } M \text{ es igual á } A \text{ M, más } M \text{ A M menos } 1, B$.

Renato Milamor.

28 11-913.



¡Inmaculada!

Salve, Virgen sin mancha, ¡Madre amada!
toda pulcra y hermosa ¡Ave María!
Tierra y cielos aclaman á porfia
tu Concepción bendita, inmaculada.

Todo rinde homenaje á tu pureza:
los reyes de la tierra en sus palacios,
el ave que gorjea en los espacios,
el león invencible en su fiereza.

La tímida paloma, las montañas
que se elevan magníficas al cielo,
la gacela y el águila en su vuelo,
en los campos las mieses y las cañas.

Las flores ofrendando sus fragancias,
las palmeras mecidas por las brisas,
el inocente niño en sus sonrisas,
el mancebo en sus nobles arrogancias.

El anciano, la cándida doncella,
las fuentes, los arroyos y los mares,
el sacerdote orando en los altares,
la tortolilla amante en su querella....

¡Salve, Salve! se escucha por doquiera
Salve divina flor de la montaña,
Salve, Luz celestial que nada empaña;
¡oh, si cantarte bien mi voz supiera!

Bendíceme, Señora, en este día,
vengo á ofrendarte cánticos y flores,
mi corazón, mi vida y mis amores....
todo cuanto yo soy, tuyo es María!

Encarnación Cutillas Lázaro.

Madrid 1913.



Pensamiento

No debe permitirse que los niños maltraten á los animales. Las criaturas no parecen echar de ver los padecimientos de las bestias como no sea para divertirse, y por eso los atormentan muchas veces, tirándoles de las orejas ó del pelo, golpeándolos ó pinchándoles con palos, encerrándoles en la obscuridad, etc. El mejor castigo, la mejor lección en casos parecidos, es procurar, como si no supiesen lo que hacen, que se inflijan unos á otros el mismo tormento.

Condesa Zamoyska.

Concurso de pasatiempos

SOLUCIONES (30 Noviembre 1913)

A la tarjeta-anagrama: Del árbol caído todos hacen leña.

A las charadas.—Primera: Estómago.

Segunda: Salvaje.

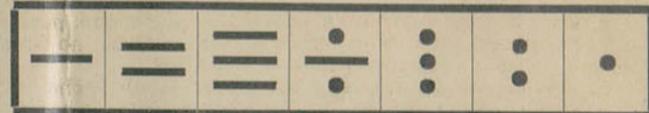
Tercera: Cántabro.

Ustedes no lo querrán creer; pero es lo cierto que de los treinta *cavilosos* que nos han remitido soluciones, veintinueve han acertado tres pasatiempos, pero ninguno de ellos la charada segunda.

A ver, á ver si aguzamos un poco más el ingenio.

COMBINACION ZOOLOGICA-BOTANICA

POR NOVEJARQUE



Sustituir estos siete signos por otras tantas letras que expresen el nombre de un pez, y combínense del modo siguiente



y resultará el nombre de árbol.

Premio para el que acierte todas las soluciones—por sorteo si son dos ó más:—dos entradas de butaca para una sección del Teatro Arriaga.

SOLUCIONES (7 Diciembre 1913)

A la combinación zoológica-botánica.

Firma

(Este talón debe ser enviado antes del sábado próximo.)

DESPERTAR PARA MORIR

(NOVELA)

Por Concha Espina de Serna

Un volumen de 360 páginas. Precio: pesetas 3.50. De venta en las principales librerías.

Este periódico está impreso con papel de la Papelera Española

MESA REVUELTA

Esperando.....

¡Qué alegres y qué inquietos esperan al ausente!
¡Las horas se hacen siglos teniendo que esperar!
Cariños y deseos flotan en el ambiente; la casa está de fiesta, de fiesta está el hogar.
¡Felices los que esperan una persona amada, los que anhelantes pisan las losas del andén;

los que soñando corren tras la ilusión forjada, y abrazan al ausente al detenerse el tren!
¡Tristes de los que ajenos al mundo y la fortuna, no visten ya de fiesta ni su alma ni su hogar; tristes de los que viven sin esperanza alguna, sin deudos, sin amigos, ni amores que esperar!

Narciso Díaz de Ezeovar.

La Compañía de Maderas, Bilbao.—Oficinas y fábrica: Muelle de Churruga. Teléfono 197.—Despacho local: Calle Buenos Aires, 1, Teléfono 196.

Las Droguerías de Barandiarán y Compañía, en obsequio á sus clientes, regalan billetes del Cinematógrafo Olimpia por las compras que efectúen.

Colmos

El de un aficionado á la fruta.—Comerse una manzana de casas.
El de un farmacéutico.—Preparar una medicina con las plantas de los pies.
El de un hombre forzado.—Levantar un falso testimonio.
El de un cartero.—Repartir á domicilio las cartas de la baraja.
El de un zapatero.—Coser una bota de vino con un cabo de vela.

R. CAMIÑA.—Especialista en las vías urinarias. Bailen, 9, 2º

COGNAC BARBIER ¡Es el mejor!

¡Ay, qué narices!

Fuí novio de una chica nariguda (yo aborrezco á las chicas por sistema) que me indujo á pensar que es un problema sin solución la chata que estornuda.

Aunque (á juzgar por la nariz) aguda, por lo demás mi novia era tan mema que, por quitarse un día una postema, tiene hoy esa nariz tan pistonuda.

Y á pesar de ser mema á todas luces, y de darle á cualquiera un par de coces, hubiéramos llegado á ser felices.

Ella no quiso, y yo no me hago cruces, porque eran sus narices tan atroces que no vió más allá de sus narices

Carlos Miranda.

Enfermedades del estómago.—E. Sáenz Alonso, especialista.—Astarloa, 2, 2º.—Consulta de 10 á 1.

PENSION DOREE

Madrid .-. Príncipe, número 27

Pensión de familia: Ascensor: Calefacción: Cuarto de baño: TELEFONO, 819

El señorito habla con la nueva cocinera: —Aquí tiene usted la lista de los platos que más le gustan á mi suegra. Como haga usted aunque no sea más que uno en la temporada que ella va á estar en casa, aquel mismo día le doy la cuenta y se está usted largando.

EDERRA
= LIBRO DE COCINA =

El más práctico, útil y sencillo de cuantos libros de cocina se han publicado.

Precio: 1,20 pesetas

Se remite á provincias, enviando sellos de correos.

LIBRERIA ESPAÑOLA
Plaza Nueva, n.º 1

Un muchacho pregunta á cierta portera: —Seña Antonia: ¿me hace usted el favor de decir si vive aquí el señor Calvo? —Soy nueva en la casa y todavía no he visto el pelo á los inquilinos.

El mejor de los laxantes: **GRAINS DE VALS**

Cantares

Si miro al cielo, se nubla, si á las flores se marchitan... ¡No me pidas que te mire serrana del alma mía!

No acabas de atormentarme pero yo te lo perdono. Mañana será otro día. ¡El tiempo lo cura todo!

Llevo en mis ojos escrita la historia de tu traición; por eso mis ojos, niña, son negros como el carbón.

Muerta, contemplé sus ojos y creí que me miraba, puse en los suyos mis labios ¡y sentí que me besaba!

Albar Fontoso.

Confeciones - sombreros

María é Isabel Coto, Ascao. 18

—Son las mejores aguas alcalinas **Vichy-Hôpital** (estómago), **Vichy - Célestins** (riñones), **Vichy-Grande-Grille** (hígado).

En un hospital

Un profesor de clínica á su enfermo:
—¿Qué oficio tiene usted?
El enfermo que padecía del pecho, contesta:
—Músico.
El profesor á sus discípulos:
—Otra vez más, señores, se me presenta la ocasión de demostráros lo que muchas veces os he dicho en la cátedra, que la fatiga y los esfuerzos producidos por la acción de soplar un instrumento de viento, son una causa frecuente de la afección que este hombre padece.
Y volviéndose al paciente:
—¿Qué instrumento toca usted?
—El bombo.

Tos se cura: con el Jarabe Orive. Ascao, 7.

— Muebles finos —
Sólidos y económicos

ACEDO Y MENDAZA
Portal de Zamudio n.º 4
ENTRADA POR LA RONDA (FRENTE A SAN JUAN)
TELÉFONO 1.595

- Los mejores aceites ZUVILLGA -

Juegan varios amigos al dominó en un café, y de pronto uno de ellos se levanta, coge el gabán que había puesto en el colgador y lo coloca sobre una silla inmediata á la que en él está sentado.

—¿Teme usted que al pasar se lo ensucien?—dice él mozo sonriendo.

—No; — contesta el parroquiano — lo que temo es que me lo limpien.

ESTÓMAGO

Curación del 98 por 100 de las enfermedades del estómago é intestinos con el Elixir Estomacal de Saiz de Carlos. Lo recetan los médicos de las cinco partes del mundo. Tonifica, ayuda á las digestiones, abre el apetito, quita el dolor y cura la

DISPEPSIA

Las acedias, vómitos, vértigo estomacal, indigestión, flatulencia, dilatación y úlcera del estómago, hipercloridria, neurastenia gástrica, anemia y prosois con dispepsia: suprime los cólicos, quita la diarrea y disentería, la fetidez de las deposiciones y es antiséptico. Vigoriza el estómago é intestinos, el enfermo come más, digiere mejor y se nutre. Cura las diarreas de los niños en todas sus edades.

De venta en las principales farmacias del mundo y Serrano, 30, MADRID
Se remite folleto á quien lo pida.

Un marido está tan justísimamente harto de su mujer que, de muy buen acuerdo, decidió devolvérsela á sus padres, á cuyo fin se presentó en casa de éstos.

—Hijo mío—le dijeron—, nosotros no podemos consentir una cosa como esa.

—¡Ah, no! Perdonen ustedes, pero donde las dan las toman.

CARLOS MENDAZA

MEDICO

Ha trasladado su gabinete de consultas á la calle del Correo número 6, 3.º
Teléfono 962.

Para fiestas. Vino blanco, Bodegas Rivas
Plazuela de Santiago, número 7

Amor á palos

—¡Ay vecina de mi alma; me estoy muriendo de pena, pues me mata mi marido con su atroz indiferencia.
—¡Vecina, son ilusiones!
—¡Ay, vecina, tengo pruebas!
¡Mire usted que hace dos meses, lo menos, que no me pega!

Ramiro Ripollés.

La casa

“Au Monde Elégant,”

líquida el 40 por % de todas sus existencias á fin de solo dejar en su almacén, Correo 5, artículos de alta novedad.

“Au Monde Elégant,” CORREO, 5

El juez, reprendiendo á un individuo que frecuentemente sufre castigo por embriaguez y escándalo público.

—¿Pero no le da á usted vergüenza venir aquí nada menos que una vez á la semana?

—No señor, usía viene todos los días y no se avergüenza tampoco.

Los productos de mérito reconocido son los que los vagos y los malvados se dedican á falsificar ó imitar. Pero suelen hacerlo tan mal, que sus autores se desprestigian y ridiculizan, ensalzando lo que el público sancionó con su predilección. Los progresos no se improvisan: son producto de lento y concienzudo estudio de observación y de laboratorio. Eso acaece al imponente *Licor del Polo* de 43 años de existencia, preferido por el público sobre todos los dentíficos.

Está probada en los artríticos la eficacia real y verdadera de la «Piperazina Dr. Grau» puesto que cura el reuma, arenillas, mal de piedra, ciática, gota, cólicos nefríticos, neuralgias, etc.

Para el árbol de Navidad

Adornos, Juguetitos, Krackers

E. LASHERAS-Victor, 2

Muebles y camas Isidro Miguel y Compañía

ARENAL. NÚM. 6

Frente al teatro Arriaga, junto al café de la Unión
TELEFONO 131

Obras de “Argos”

(D. Sabino de Goicoechea)

Otros pasavolantes.—Un tomo de 300 páginas. Precio, pesetas 1.50.

Últimos pasavolantes.—Un tomo de 260 páginas. Precio, pesetas 1.50.

Ellos y nosotros.—Episodios de la guerra civil. Precio pesetas 1.50.

Obras en verso, por Félix Cuquerella

“Del amor” 2 pesetas

“Por las sendas del vivir” 3

De venta en las principales librerías de Bilbao

Edición ilustrada de “El Nerviñ,”

Se publica los sábados por la noche y la reciben gratis todos los suscriptores directos con que cuenta la edición diaria.

Solamente fuera de Bilbao se admiten suscripciones para esta revista semanal, al precio de pesetas 1,50 semestre, para toda España, y 3 pesetas para el extranjero.

Anuncios á precios convencionales. Importantes rebajas para los de larga duración.

TIPOGRAFÍA DE «EL NERVION»

Establecimientos
EN BILBAO
Plaza Circular, 1
Belosticalle, 9



Máquinas SINGER Y WHEELER & WILSON para coser
Exclusivas de la Compañía Singer de Máquinas para coser
Todos los modelos á pesetas 2,50 semanales
Pidase el catálogo ilustrado que se da gratis
Máquinas para toda industria en que se emplee la costura.—Se ruega al público visite nuestros Establecimientos para examinar los bordados de todos estilos; encajes reales, matices, punto vainica, etc., ejecutados con la máquina Doméstica hobina central, la misma que se emplea universalmente para las familias en las labores de ropa blanca, prendas de vestir y otras similares.



Establecimiento
EN BILBAO
Plaza Circular, 1
Belosticalle, 9

Establecimientos en todas las principales poblaciones de España

Biblioteca Nacional de España